

Las relaciones Estado-sociedad en el Perú: un examen bibliográfico¹

GONZALO PORTOCARRERO

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo nace de las conversaciones con el plantel del DFID y pretende responder a la siguiente necesidad: “La cooperación internacional requiere un entendimiento profundo sobre la naturaleza compleja y cambiante de las relaciones Estado-sociedad, así como sobre si se puede o se debe intervenir para apoyar un cambio cualitativo en esas relaciones”. Antes de sumergirse plenamente en el trabajo, el presente consultor declaró suscribir las ideas del “paradigma de la complejidad”². No creer en explicaciones simples para fenómenos histórico-sociales que resultan, en realidad, de causalidades múltiples e intrincadas, a las que, además, tiene que añadirse lo indeterminable que resulta de las agencias individual y colectiva³. Todo esto significa que las situaciones históricas son necesariamente contingentes e imposibles de explicar en forma precisa o categórica.

¹ Este texto es una síntesis de un documento más amplio, escrito por el autor en los meses de noviembre y diciembre del 2001. La primera versión del documento fue publicada en el 2002 por la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú con el mismo título que tiene en este volumen.

² El término pertenece a Edgar Morin. Ver, de este autor, *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona, Gedisa, 1994.

³ Con estos términos me estoy refiriendo a la libertad, a la capacidad de un comportamiento que trascienda lo reactivo, que introduzca algo nuevo e indeterminable. Este tema se inscribe dentro de la problemática más extensa de la subjetividad. El sujeto, dice Zizek, es un efecto que excede sus causas.

Esta declaración de realismo no significa, desde luego, que los dedicados al oficio del conocimiento de lo social no tengamos posibilidades de trascender el sentido común. No obstante, es importante recordar este principio, pues nos hace más realistas en la formulación de las expectativas que se puedan albergar.

De acuerdo con tales premisas, el consultor se dedicó a leer y comentar los trabajos que, para responder a las inquietudes del DFID, le parecieron más significativos⁴ Pero, también de acuerdo con lo dicho, nunca estuvo en su horizonte construir una explicación única y categórica. De allí que el título del informe sea “Las relaciones Estado—sociedad en el Perú: un examen bibliográfico“. Dados estos antecedentes, el objetivo del trabajo tenía que ser identificar los discursos más importantes sobre el tema, para, en diálogo con ellos, elaborar una suerte de mosaico, una reunión de fragmentos de donde emerjan múltiples interrogantes más que una figura definida. Renunciar a la pretensión de síntesis fue el principio de este texto; es decir, no se intentó construir un argumento más sino que se trató de invitar al lector a compartir ideas que lo hagan seguir pensando por cuenta propia. En este sentido, el texto demanda asociados o —mejor aún— cómplices, por cuanto reclama pensar, transgredir el sentido común, vencer tabúes que reafirman la autoridad de los estereotipos, limitando la posibilidad de continuar la conversación con uno mismo.

La consigna inicial era hacer un mapeo de las distintas perspectivas sobre el tema. No obstante, apenas comencé a efectuar las lecturas respectivas, se me impuso la necesidad de ensayar una aproximación dialógica. Se trató primero de leer atentamente los textos para seleccionar sus núcleos más significativos. A continuación fue posible entrar en diálogo

⁴Es la primera vez que escribo de esta manera. Creo que este intento puede entenderse mejor si se contrasta con lo que puede llamarse la típica escritura académica monológica. En sus peores versiones, se trata de un género que aspira a la coherencia a partir de intuiciones o ideas del propio autor. Las citas de otros textos sirven para reafirmar lo que se piensa o para descartarlas como errores ajenos. En realidad no hay diálogo, aunque abunden las referencias. Y es que el aparato bibliográfico es manejado como forma de ostentar conocimiento y, sobre todo, de hacer las llamadas correctas; aquellas que llevarán a ser citado y financiado, y también, desde luego, a ser invitado a futuros eventos donde se reafirmarán las redes respectivas. La escritura monológica (en sus peores versiones, repito) es densa y esotérica, como tratando de asustar a los no iniciados. O, al menos, de hacerlos sufrir pagando un “derecho de piso“. No cualquiera está a la altura de la Ciencia. En el Perú tenemos una disposición hacia el autismo, decía Rocío Silva Santisteban; descartamos la conversación. No me excluyo de todo lo afirmado.

con sus autores. Comentar sus ideas: estar detrás de lo que dicen para conversar con ellos. Pero el diálogo con los autores se extendió mucho más de lo originalmente pensado. Y podría prolongarse mucho más, pues autores y textos importantes no faltan. No obstante, consideraciones pragmáticas de tiempo y recursos hacen aconsejable limitar el número de textos.

Para presentar este examen, agruparé los textos leídos y comentados de acuerdo con sus afinidades temáticas. De esta manera, tenemos tres secciones. En la primera se discuten los textos que tratan sobre la “larga duración”, que se concentran en los aspectos de fondo de la relación Estado-sociedad. En la segunda se hace lo propio con los textos que discuten la política y el sistema político y aportan al tema desde una perspectiva más situada y puntual, como es el análisis del régimen Fujimori-Montesinos. Finalmente, en la última sección, se dialoga con los textos que examinan situaciones microsociales que, sospechamos, (re)producen lo macrosocial.⁵

1. LECTURAS SOBRE LA LARGA DURACIÓN

En primer lugar tenemos los textos que sitúan el presente en la perspectiva de la “larga duración”; es decir, que privilegian las permanencias seculares y los cambios fundamentales. Lo que podría llamarse los “procesos de fondo”. Una primera referencia básica son los trabajos de Alberto Flores Galindo. Para este autor, lo que mejor define la contemporaneidad del Perú es la vigencia de una “tradicón autoritaria”. El núcleo de esta tradición está dado por una violencia que permea la sociedad y que conduce a (re)producir la fragmentación social. La familia, la escuela, las cárceles, los cuarteles, las calles: todos estos espacios están atravesados por la violencia. Entonces se obedece al poder más por el miedo que suscita que por el convencimiento de que su actuar es justo y benéfico. Además, como la diversidad entre la gente (color de la piel, educación, lugar de nacimiento, nivel de educación) se convierte de inmediato en jerarquía, a la vez reconocida y resentida, silenciada, resulta muy difícil una acción concertada. El resultado es una sociedad que no puede actuar sobre sí misma; que, descontenta, cifra sus esperanzas de cambio en una figura providencial.

La relación de los textos abordados en cada una de estas tres secciones aparece al final del documento.

Una autoridad fuerte, justa, honrada, benevolente. Como habrían sido los incas. Pero se trata de una fantasía, una ilusión que abre una esperanza que sólo da lugar a desencantos sucesivos. Finalmente, la tradición autoritaria nos inmoviliza en un presente que se repite.

Los planteamientos de Flores Galindo han sido desarrollados por Nelson Manrique y Gonzalo Portocarrero, entre otros autores. En especial, ellos han estudiado el tema del racismo como un conjunto de discursos y prácticas que renuevan el legado colonial o la tradición autoritaria. En verdad, lo primordial sería una tendencia a jerarquizar o, para decirlo en otras palabras, una resistencia a la idea de igualdad. De allí nace una manía clasificatoria y jerarquizadora que se reproduce en todos los sectores sociales. Por cierto que en un país donde cualquier diferencia es pretexto de desigualdad y de discriminación no hay posibilidades de un sentimiento de “conciudadanía”. Y sobre este trasfondo de mutuas negaciones no puede existir una sociedad política de ciudadanos, un espacio participativo donde acordar y disentir sobre lo que debería ser el interés de todos. El racismo tiene, pues, un efecto disgregador. Impide el surgimiento de una “comunidad imaginaria”, la identificación con una perspectiva desde donde el país se aprecie como una comunidad de intereses y destino.

En el otro polo de la posición representada por Flores Galindo podríamos ubicar a Sinesio López. Para este autor, el rasgo más importante del proceso histórico peruano en tiempos recientes no es la continuidad autoritaria sino la ruptura democrática. “El tránsito de una sociedad cerrada de señores a una sociedad de ciudadanos, a través de un proceso que aún no ha concluido”. Si este proceso no ha sido más rápido, es por la falta de una “cultura democrática”. En realidad, en la narrativa de López palpita el argumento de Tocqueville: la democracia como un principio cultural expansivo que va remodelando las relaciones sociales en las distintas esferas de la vida. López articula muchos hechos como prueba de su hipótesis. De hecho, abundan signos de lo que dice. Pero no es menos cierto que lo mismo puede decirse con respecto a los hechos que contradicen su hipótesis: los signos de la persistencia del colonialismo.

Entonces, ¿qué define mejor la contemporaneidad peruana: la continuidad del autoritarismo o la ruptura de la democracia? La respuesta tiene mucho que ver con el lugar desde donde se enuncia la pregunta. Para un revolucionario, como Flores Galindo, impaciente por el cambio, asqueado por la injusticia y la desigualdad, el vaso está (semi)vacío. Denunciar la continuidad del autoritarismo representa un llamado al

cambio radical. Para un demócrata moderado, como López, el vaso esta (semi)lleno. Destacar los cambios y la consolidación de la ciudadanía es pretender construir un camino para fundamentar una acción política gradualista e integradora.

Pero si más allá de las narrativas sintetizadoras, tratáramos de hacer un balance de los hechos, creo que, de manera sensata, se podrían proponer las siguientes hipótesis: a) Es indudable que en el Perú de hoy existe una mayor conciencia de igualdad. Un signo de este fenómeno es precisamente la visibilización de la discriminación y el racismo. b) No obstante, la tendencia a la jerarquización persiste y es muy fuerte. Como esta tendencia atraviesa a todos los sectores sociales, el resultado es una aguda fragmentación social. La solidaridad queda restringida a la “gente como uno”. Entonces, el Perú como una “comunidad imaginaria”, basada en el mutuo reconocimiento, en sentir que se comparte algo sustancial para todos, es terriblemente débil.

Zizek dice que la narrativa es una forma de construcción de sentido, de afirmar un orden allí donde existe el caos de lo real. Lo paradójico y lo absurdo quedan entonces domesticados, colonizados por la capacidad de imaginar un orden que construimos y que nos aquieta, pues hace inteligible nuestro entorno, proporcionando un marco a nuestras vidas. No obstante, continúa Zizek, el orden que la narrativa fundamenta es siempre precario, pues está minado por antagonismos que lo sacuden y desestabilizan. Entonces, hay que rechazar las narrativas y quedarnos con lo ambiguo y paradójico. En concreto, ello significa rechazar las lecturas de la situación peruana en términos de una permanencia autoritaria o de una progresión democrática. Lo característico del país sería, entonces, el antagonismo entre tendencias que recorren toda la vida social. Esta situación no tendría por qué razonarse en una perspectiva teleológico-narrativa, como resolviéndose en un sentido u otro, sino como una realidad estable, donde el absurdo y lo paradójico serían precisamente los hechos centrales. Creo que a esta perspectiva —pensar menos en términos de procesos que resuelven antagonismos y más en términos de situaciones “intransitables”— apunta el concepto de “sociedad poscolonial”.

En un texto muy importante, Gayatri Spivak afirma que los países que no han logrado descolonizarse se convierten en países poscoloniales. Desde este punto de vista, la descolonización implica no sólo autonomía política sino, sobre todo, la elaboración de un sentido común, un imaginario colectivo que proporcione a los habitantes de la sociedad en cuestión una visión positiva de sí mismos, un sentimiento que los

empodere de manera tal que puedan verse como agentes y protagonistas de una aventura colectiva, que concierne a todos. Pero, por otro lado, la descolonización supone también el consolidar la ciudadanía y los procedimientos democráticos; es decir, la participación política de las mayorías y la fidelidad de los gobiernos y los ciudadanos a las reglas democráticas de transparencia y de respeto a los derechos de los otros.

La situación poscolonial implica, pues, una suerte de “atascamiento”. Los cambios sociales no se encadenan en una dinámica de desarrollo sostenible. Lo constante es la coexistencia de lo antagónico; la oscilación entre autoritarismo y democracia. Todo parece, siempre, empezar de nuevo. En el campo cultural los países poscoloniales tienden a producir narrativas trágicas, historias en las que se articulan contradictoriamente, por un lado, sentimientos de impotencia e inferioridad e invocaciones a la resignación, con, por otro lado, una esperanza de redención. Este temple o ánimo colectivo, que se revela en la recurrencia de las narrativas trágicas, puede variar. En algún momento la esperanza puede primar sobre la impotencia y resignación. No obstante, estos sentimientos estarán allí dispuestos a resurgir según los acontecimientos políticos y económicos los evoquen⁶. Estas “narrativas trágicas”, de luchas agónicas pero finalmente poco eficaces, se pueden contrastar con las “narrativas épicas”⁷ propias de los países desarrollados. En estos relatos las colectividades logran extender

Por lo general, las narrativas sobre el Perú parten de un sentimiento de fracaso que ⁶ debe ser explicado. El fracaso es atribuido a las relaciones internacionales y a las clases

pro-pietarias. El mundo popular suele ser representado como víctima inocente. Este núcleo narrativo recuerda las historias que elaboran quienes no han dejado de ser hijos. Sus mismas protestas de haber sido victimizados, de ser inocentes e incapaces de responsabilidad, suponen una omnipotencia del padre y un deleitarse en la posición de mártir.

En un libro de Felicity Rosslyn (*Tragic Plots: A New Reading from Aeschylus to Lorca*. Ashgate, 2000), la autora sostiene que las narrativas trágicas adquieren prominencia en los períodos de tránsito de la tradición a la modernidad, cuando el pasado inmemorial cede lugar a un presente incierto. Entonces, en las vidas de las comunidades se experimentan tensiones y sufrimientos que se expresan en estas narrativas, que, por otro lado, ayudan a los individuos a encontrar un sentido a lo confuso e inesperado de su experiencia inmediata. La idea de Rosslyn es ciertamente interesante, pero está marcada por la noción de que el tránsito es un momento y no una condición más permanente. Precisamente el concepto de “sociedad poscolonial” evoca una situación en la que coexisten lo moderno y lo tradicional, y donde, entonces, la matriz de lo trágico está siempre abierta. El libro de Rosslyn aparece comentado por Robert Grant en *The Times Literary Supplement* del 5 de octubre del 2001.

⁷ Ejemplos de estas narrativas podrían ser películas como *Día de la Independencia*, *El patriota* y *Pearl Harbor*, que algunos llaman “americanadas”.

un manto de autoestima y poder sobre sus miembros. Las derrotas y contrariedades aparecen como desviaciones de un telos potente y afirmativo. En el campo político, los países poscoloniales oscilan entre la democracia y la dictadura. En esta alternancia se manifiesta la debilidad de los hábitos democráticos y la vigencia de tradiciones exclusivistas que, en nombre de la jerarquía, desestiman el diálogo y prestigian la fuerza.

Dentro de este panorama, el texto de Nugent significa un aporte, pues explora las raíces de la tendencia a jerarquizar. La idea de que la tutela, como en una relación padre-hijo, es necesaria se fundamenta en el sentimiento de que el otro no puede por sí mismo y que necesita ser dirigido. No sabe aquello que le conviene, pues es ignorante e incapaz de autocontrol. En su minoridad, su limitación es patente, de manera que necesita ser protegido. La Iglesia y las Fuerzas Armadas serían las instituciones donde la ideología del tutelaje está *incorporada* en ideas y prácticas que limitan la capacidad de autodiscernimiento y alientan, en contraste, la sumisión a una autoridad que no se siente en la obligación de justificarse. Hasta las mismas constituciones han recogido la tan extendida idea de que las Fuerzas Armadas y la Iglesia católica son “las instituciones tutelares de la patria”.

Finalmente, el texto de Golte, pese a lo discutibles que resultan muchas de sus ideas, aporta renovando la visión de lo andino. En efecto, Golte analiza el legado que las tradiciones andinas han dejado al mundo popular urbano de hoy. Los migrantes están cambiando el rostro del país gracias a que llevan a la ciudad activos culturales que, como la laboriosidad y la capacidad de organización social, tienen una historia milenaria. Este mundo sería el protagonista del desarrollo.

2. LECTURAS SOBRE EL SISTEMA POLÍTICO⁸

En segundo lugar, tenemos los textos que discuten la política y el sistema político. En realidad, todos ellos tratan sobre el Perú contemporáneo, sobre el gobierno de Fujimori. Todos, también, son críticos; tratan de explicar por qué las cosas no son como deberían ser.

⁸ Como en el caso anterior, la relación de los textos abordados en esta sección aparece al final del documento.

Me parece sensato dividir los textos entre aquellos que enfatizan características estructurales del proceso político peruano y aquellos que se concentran en los acontecimientos y la formulación de hipótesis ad hoc para explicar el fenómeno fujimorista. En realidad, las fronteras no son tan claras y la diferencia es un tanto arbitraria; no obstante, resulta útil para agrupar y comentar los textos referidos.

Julio Cotler argumenta la existencia de una tensión entre gobernabilidad y democracia en el Perú de los ochenta. Pero las razones que según él fundamentarían esta tensión distan de ser coyunturales. En efecto, para Cotler, la crisis de gobernabilidad se origina en el patrimonialismo y el clientelismo, en las elevadas expectativas populares y en la “clásica debilidad del Estado para formular, organizar y ejecutar decisiones coherentes”. A estos hechos, permanentes en la historia del país, se agregaría la política heterodoxa del presidente García con sus consabidos resultados catastróficos. No obstante, creo que para Cotler la heterodoxia populista es un resultado esperable de circunstancias estructurales. Sea como fuere, aquello que no está en duda es que la demanda de orden y mano dura surge de la crisis de gobernabilidad, del caos social. De la heterodoxia populista se transita al autoritarismo liberal. La gobernabilidad se resuelve en lo inmediato pero a costa de la democracia. Sin embargo, la situación no deja de ser precaria porque el régimen autoritario, liberado de cualquier control ciudadano, adquiere un carácter mafioso y corrupto, que lo termina por deslegitimar, tornando la situación nuevamente ingobernable. Entonces, ni las democracias populistas ni las dictaduras corruptas aseguran una gobernabilidad adecuada. Así estaría el Perú, dando tumbos, sin encontrar su destino. La legitimidad y el orden no pueden perdurar simultáneamente⁹. En los planteamientos de Cotler hay una fuerte crítica a los políticos por su falta de responsabilidad. También cabe destacar la importancia que él asigna a los factores internacionales.

En el otro extremo de la posición de Cotler está Martín Tanaka, quien sustenta que en los años ochenta no se dio una crisis del sistema de partidos sino un “agotamiento de la manera de hacer política”. Entonces, el

⁹ La argumentación de Cotler hace recordar las ideas de McPherson sobre las tensiones entre el liberalismo y la democracia en la Europa del siglo XIX. Estas tensiones fueron resueltas cuando las clases populares aceptaron la propiedad privada y el liberalismo y cuando, por otro lado, las élites aceptaron la democracia, la ciudadanía universal. Del liberalismo autoritario asediado por las demandas populares surgió el compromiso de la democracia liberal.

“colapso sorpresivo” de los partidos obedecería a que ellos desatendieron a la opinión pública justo en el momento en que se estaba transitando desde un “modelo electoral movimientista” a otro “electoral mediático”. En todo caso, lo que ocurre es que la gente deja de sentirse representada por los partidos, de manera que el “outsider” Fujimori logra arrinconarlos. La explicación de Tanaka pretende reivindicar la importancia de los eventos, de la estrategia de los actores y de la misma contingencia.

La posición de Crabtree está mucho más cerca de Cotler que de Tanaka. Para este autor, habría un problema fundamental: la “falta de una intermediación política adecuada”; es decir, el mundo social no está debidamente entroncado con los partidos políticos. De allí la tendencia al sur-gimiento de los liderazgos carismáticos y la concentración del poder que socava la institucionalidad democrática, hecho que, a su turno, impide la emergencia de partidos. El caudillismo populista lleva a desbordes permanentes, que resultan de expectativas populares desmesuradas por el afán de protagonismo del caudillo de turno. Esta dinámica es la que impide la consolidación de la formalidad, el apego a los procedimientos, que es el terreno de donde podría emerger una gobernabilidad democrática. El argumento de Murakami va en el mismo sentido. Existiría una “tradicción plebiscitaria” en la sociedad peruana, una incapacidad para lograr acuerdos colectivos y hacerlos respetar. Desde esta precariedad, la sociedad se ilusiona en que delegar la responsabilidad es la salida para resolver los problemas colectivos. No obstante, el líder plebiscitario tiende al patrimonialismo y al clientelismo, a la prebenda y a la demagogia. Para Murakami, esta constante atraviesa toda la sociedad peruana: desde los clubes de madres hasta el propio gobierno.

Las ideas de Carlos Iván Degregori se refieren más a un régimen específico, el de Fujimori-Montesinos, que a un sistema o tradición política. En este sentido, este autor está más cerca de Tanaka que de Cotler, Crabtree y Murakami. Degregori trata de explicar el fujimorismo como un régimen surgido “de la guerra victoriosa contra la subversión, la hiperinflación y los partidos tradicionales”. Un régimen que logra estabilizarse gracias a la “antipolítica”; es decir, socavando cualquier espacio de debate por medio de la monopolización de los medios de comunicación. Este control mediático se basa en un consenso entre los poderes fácticos. Entonces, la política es sustituida por la farándula y el deporte. Se explota el lado negro de la cultura popular: el sensacionalismo y la pornografía. Y, además, encima de todo ello, se monta un aparato clientelista que reparte

dádivas. La fórmula logra bastante éxito pero, a la larga, sus costos son mucho mayores que sus beneficios.

Creo que por encima de las diferencias, y del grado de complejidad de la argumentación, hay ideas con las que todos los autores citados estarían de acuerdo. La raíz de la inestabilidad política estaría en la *debilidad* de la participación política de las mayorías y en la *vocación por concentrar poder* por parte de los políticos. La *debilidad* de la participación popular tendría que ser entendida tanto en un sentido cuantitativo como cualitativo. Por un lado, existe la tendencia a delegar, a esperar al hombre fuerte que resuelva los problemas. La participación ciudadana se agota, pues, en las elecciones. La gente no se involucra en los partidos ni en la fiscalización de los gobiernos. Por otro lado, esta participación es cualitativamente débil en tanto se tiene una ciudadanía ilusa, que carece de una capacidad crítica y que se deja seducir por planteamientos descabellados, que no logra aprender del pasado. En cuanto a *la vocación por concentrar el poder* o la tendencia dictatorial de la clase política, ello tendría que ver con el machismo y el autoritarismo, con el predominio del verticalismo en el funcionamiento de las organizaciones en la sociedad peruana. Esto significa que hay una influencia del sistema de género, de la manera como se vinculan los sexos, en el modo en que se relacionan los actores políticos. En efecto, el machismo es un discurso que postula la legitimidad del impulso a prevalecer sobre la mujer sobre la base de la fuerza o el engaño.

Sobre esta matriz compartida hay, desde luego, importantes diferencias. Tanaka y Degregori subrayan la relevancia de los acontecimientos. Para Degregori, la debilidad de la participación resulta de una política deliberada que se implementa a través del control de los medios de comunicación. En forma similar, considera que hay responsables de la frustración del proceso democrático, de la recurrencia de las crisis. El señalamiento de culpables y la indignación moral son patentes en sus escritos. El análisis de las estructuras no debe resultar en un desvanecimiento de las responsabilidades de los individuos. Tanaka también valora la importancia de los acontecimientos y de las estrategias de los actores en la producción de las crisis políticas. La voluntad política del *outsider* Fujimori, en especial, le parece un dato irreductible e importantísimo en la coyuntura de principios de los años noventa.

Cotler, Crabtree y Murakami se concentran en lo estructural, en la identificación de dinámicas o círculos viciosos que entran en el proceso político. Cotler pone el énfasis en la ingobernabilidad. Los regímenes democráticos padecen de una sobrecarga social que ellos mismos pro-

mueven. Mientras tanto, los autoritarios degeneran en dictaduras corruptas e ineficientes. Para Crabtree, el caudillismo impide la consolidación de un sistema político, pues inevitablemente tiende al desborde populista, a un voluntarismo que impide la formalización de la política. Para Murakami, el problema está más en las bases que en los líderes; es decir, el caudillismo surge no tanto de la voluntad de los actores políticos cuanto de la dificultad de la gente para ponerse de acuerdo y la consiguiente preferencia por delegar.

Todos los autores citados dicen algo importante. Pero lo más interesante sería inferir las recomendaciones implícitas en sus diagnósticos. Para Cotler, lo prioritario sería lograr acuerdos de gobernabilidad. Los partidos deberían concertar en vez de practicar la usual desestabilización de la posición del otro. Por otro lado, sería necesario controlar la sobre-carga de demandas sociales mediante el logro de un consenso sobre las prioridades nacionales. Estos cambios son arduos porque suponen sofocar el deseo de protagonismo de los políticos y la impaciencia popular. Para Crabtree, lo más indicado sería auspiciar la formación de partidos que intermedien entre la gente y la política. Se evitarían, así, la acción directa y el consecuente caos social. La discusión ideológica y la organización política deberían involucrar a mucha gente, pues así se crearía un lazo entre representantes y representados, y el campo para el caudillismo quedaría reducido. Para Murakami, el énfasis debería estar puesto en la educación ciudadana. Así, disminuiría la tendencia a delegar, base del caudillismo. Además, sería necesario elaborar un proyecto colectivo con el que todos pudieran identificarse, una imagen del colectivo y de sus intereses que animara la participación e hiciera posible la concertación. Finalmente, en el trabajo de Tanaka está implícita la necesidad de una reforma de la clase política para que sea más sensible a las cambiantes aspiraciones de la población que dice representar.

Antes de terminar con este punto, quisiera explicitar algunas reflexiones muy incipientes sobre el tema. Para empezar, creo que la metáfora del “archipiélago” es sugerente para pensar el Perú de hoy. La realidad peruana puede ser representada como un conjunto de islas que pese a su mutua cercanía, están escasamente comunicadas. En cada una de estas islas vive gente “como uno” que se reconoce y respeta, pero que no se siente muy solidaria con quienes viven en las otras. Las distintas islas son, cada una por su lado, como un enjambre de redes que agrupan a individuos insertos en vínculos de parentesco, vecindad o paisanaje; afines entre sí por su consumo cultural, sus gustos y tradiciones, finalmente por

ser parte del mismo grupo social. Las afinidades fundan el reconocimiento mutuo, la empatía y la buena disposición hacia el otro. En la red, la relación personal con el vecino, el pariente o el amigo es capitalizable. Entonces, hacer un favor o mostrar simpatía es una inversión de la que se puede esperar retorno. No sucede lo mismo con el otro que es diferente, que no es afín. No es reconocido aunque sea un conciudadano, miembro de la misma sociedad política; no despierta un sentimiento de solidaridad.

Con Badiou, puede decirse que la prevalencia de las redes como fundamento de la acción individual y colectiva supone un debilitamiento de la ciudadanía y —paralela y necesariamente— el dominio de la política por la representación de intereses económicos. En efecto, en una situación de este tipo, los partidos compiten por representar redes locales que ellos mismos crean o, en todo caso, refuerzan; tratan de hilvanar las reivindicaciones de distintos sectores en una perspectiva de crítica y oposición al gobierno. Apoyan, entonces, los reclamos efectuados desde la diversidad de intereses particulares. Su avidez por el poder los conduce a cortejar a todos los movimientos sociales, presentándose como sus representantes y abogados más consecuentes. Podrán sumar así los votos necesarios para convertirse en gobierno. Pero llegados a ese punto, sólo les queda ser administradores del orden neoliberal o deslizarse en un incierto populismo. Según Badiou, la ciudadanía queda destruida por la política basada en la representación de intereses, pues al perderse la perspectiva del interés generalizable, desaparece también la política basada en convicciones. La gente no vota en función de lo que cree mejor para el futuro del país sino en la perspectiva de su interés económico inmediato, por la posibilidad de salir beneficiado por la participación en una red de intercambio de favores y servicios —es decir, ser parte de la clientela de un partido— o, en todo caso, por la expectativa de que su interés económico será promovido. Siguiendo la inspiración de Badiou, podría decirse que en el Perú tenemos apenas ciudadanos, en el sentido de personas capaces de valorar la política desde apuestas por el futuro que implican dejar de lado los intereses personales como referentes centrales de sus decisiones. Éste sería el caso, por ejemplo, de la gente que votó por Pérez de Cuéllar en 1995: una pequeña minoría que al votar por este candidato, defendía una convicción, un principio: la importancia de las instituciones y de la desconcentración del poder para el logro de una sociedad decente y democrática. No estaban en el error. El tiempo les dio la razón. Para Badiou, la esperanza de cambiar la sociedad debe depositarse en las “movidas” políticas, en los movimientos sociales que insurgen en virtud de convicciones fun-

damentadas en una visión del interés general; movimientos no institucionalizados en partidos, que desaparecen una vez cumplidos sus objetivos, que no generan un liderazgo que pretenda permanecer. Ejemplos de estas “movidas” políticas serían las protestas contra la globalización en Seattle o las manifestaciones estudiantiles contra el gobierno dictatorial de Fujimori en el Perú. En ambos casos, los protagonistas, lejos de defender intereses personales, pretendían encarnar un sentimiento ciudadano a favor de los pobres del mundo o de la democracia en el país. Por ello, su protesta despertó muchas simpatías.

3. LECTURAS SOBRE EL ORDEN SOCIAL EN LA VIDA COTIDIANA¹⁰

Finalmente están los textos que tratan sobre situaciones microsociales en las cuales, sin embargo, es visible que se está (re)creando lo macrosocial, las características que definen a la sociedad peruana. Estos textos pueden ser agrupados en dos conjuntos: a) aquellos que analizan lo micro y lo vinculan con lo macro y b) aquellos que se concentran en el examen de un sector social definido.

En el primer conjunto están los textos de Yanaylle, Mannarelli, De la Cadena y Neira-Ruiz-Bravo. Todos ellos dan cuenta de situaciones en las que es visible la primacía de la fragmentación en el mundo de los subal-ternos. En este sentido, se sitúan en una relación contraria al sentido común, pues muestran mundos sociales fracturados, en los que se reproduce la dominación social. Lo trágico del asunto es que pese a que estos mundos están liderados por sectores emergentes, que han vencido la exclusión, ellos continúan jerarquizando y reproduciendo el autoritarismo con los de más abajo. Su triunfo no ha sido el de un principio o idea ni el de un grupo social; ha sido más bien un triunfo personal que supone asimilar mucho del racismo del cual estas personas fueron o siguen siendo víctimas.

Los casos más claros de esta situación los proporcionan Yanaylle y De la Cadena. En su análisis de los comedores populares, Yanaylle reconstruye cómo las personas más seguras forman una argolla que excluye y explota a las “cholas”. Éstas trabajan más, reciben menos y apenas se atreven a pro-

¹⁰ Como en los casos anteriores, la relación de los textos abordados en esta sección apa-rece al final del documento.

testar. Las criollas o acriolladas que hablan fuerte son incorporadas a la argolla o neutralizadas mediante el aislamiento. De la Cadena reconstruye la resistencia de las mujeres vendedoras de mercado frente al discurso y las prácticas racistas en el Cuzco. Gracias a su resolución y a sus posibilidades económicas, logran evitar el sentirse “cholas”, interiorizar la etiqueta que la “gente decente” pretende imponerles. Producen una identidad, la de “mestiza”, progresista y orgullosa. Pero, otra vez, las mestizas reproducen con los indios el trato que la “gente decente” pretendió imponerles.

Mannarelli, mientras tanto, examina cómo la dominación étnica se integra con la de género para conformar esa relación tan sui géneris que es el servicio doméstico. En el mundo popular la mujer es el indio del hombre. Entonces, servir en el mundo de la élite puede ser hasta más atractivo que hacerlo en el propio. En todo caso, el espacio doméstico escapa a la ley pública y el hogar se transforma en un feudo. Este feudo es el vivero donde las niñas y los niños privilegiados aprenden a mandar y ser obedecidos. Allí se establecen densas relaciones en las que se entretajan la protección con el abuso, la explotación y el desprecio con el amor. Uno de los aportes más interesantes del trabajo de Neira-Ruiz Bravo es el dar cuenta de la diversidad de los modelos de autoridad en el Perú de hoy. En la costa las cooperativas fracasan porque la gente delega y los dirigentes se posesionan de las empresas. Unos no fiscalizan, otros no rinden cuentas. Todo el mundo muerde lo que puede a la cooperativa. La parte del león va para los gerentes y dirigentes sindicales. No es posible una gestión colectiva eficiente. Los nuevos dirigentes son mucho peores que los antiguos patrones. En la sierra la pequeña propiedad sí florece, pero existe un gran temor a la diferenciación social. El patrón es el símbolo de todo lo que se odia. No obstante, están surgiendo nuevos patrones, aunque ellos no lo quieran parecer.

El análisis de Rospigliosi muestra la vulnerabilidad de las Fuerzas Armadas. Su captura por Vladimiro Montesinos y la formación consiguiente de una gran “argolla” rompen con el funcionamiento tradicional de las Fuerzas Armadas. Se rompe el equilibrio, la competencia entre grupos. Entonces, el mérito deja de ser el referente para la selección de los oficiales superiores. Lo que se valora es la lealtad. Y el premio es la pre-benda. La institución se patrimonializa; es manejada por su “dueño” como si fuera una “chacra”. Mientras tanto, el análisis de Durand muestra la poca fe de los grandes empresarios en el sistema gremial y político. Ellos prefieren arreglar sus cuentas directamente con el poder, cada uno por separado. Se establece una tendencia a la corrupción y la mafia. Esta

situación ha sido más que confirmada por los hechos recientes, por el comportamiento de grandes empresarios como Schutz, Crousillat y sobre todo Dionisio Romero. Es evidente que ellos no creen en la democracia y la transparencia y que buscan medrar a la sombra del poder.

A este panorama hay que añadir, sin embargo, un hecho trascendente. Se trata de que los que están abajo —las cholitas de Yanaylle, la servidumbre de Mannarelli o los indios de De la Cadena— rechazan el trato que reciben. Su voz de protesta es aún muy débil, pero allí, en los subalternos, está ya el impulso a la democracia. Como casi no son escuchados, recurren a la acción directa: manifestaciones vandálicas, invasiones, blo-queos de carreteras, desalojos violentos.

Los discursos sobre lo microsociedad han cambiado dramáticamente en los últimos años en el Perú. A mediados de los años ochenta se suponía que el mundo popular tenía una gran capacidad de organización y autogobierno. Allí estarían las bases de una democracia más directa, de un “protagonismo popular”. En las cooperativas, los clubes de madres, los comedores populares, las rondas de autodefensa; en todos estos espacios se estaría forjando una democracia participativa. Diez años más tarde, es poco lo que queda de esa esperanza. Las cooperativas quebraron, las organizaciones de supervivencia fueron manipuladas por el clientelismo con la ayuda de las mismas dirigentes. Las rondas tuvieron comportamientos autoritarios. Desde luego que se carecería de ponderación si se pasara al otro extremo; es decir, la visión de un mundo popular totalmente fragmentado. Quizá lo más ecuánime sería citar a los cómicos ambulantes analizados por Víctor Vich¹¹. En ellos es visible el desgarramiento entre su conciencia —tomada por las ideas de superación individual a través de la educación y de la lucha agónica por el progreso— y su vida real, donde la solidaridad y la fiesta son tan importantes. Creo que esta tensión es muy expresiva de la subjetividad popular en el Perú de hoy. Esta tensión es la matriz de donde emergen no sólo las ya citadas narrativas trágicas, pues queda también la respuesta del humor y la ironía. La respuesta al desgarramiento no es, entonces, la lucha trágica por la identidad sino el distanciamiento cómico que logra el reírse de la propia limitación.

¹¹ Ver, de este autor, *Los discursos de la calle*. Lima, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales, 2001.

4. UN FUTURO INCIERTO

Es claro que la época que vivimos, marcada por la crisis económica y la incertidumbre política, se presta poco para la elaboración de grandes relatos. En este sentido, es significativo que en los comienzos de la presente década, el análisis de la relación Estado-sociedad haya estado dominado por el señalamiento de entrampamientos y círculos viciosos antes que por la identificación de procesos de fondo. Es como si entre los intelectuales peruanos o peruanistas el haberse equivocado demasiado alentara una nota de prudencia, y quizá hasta de desaliento. La videncia y la profecía parecen ser oficios sin mucho éxito en el caso peruano. Lo único constante parece ser lo contingente. Lo inesperado surge de allí donde nadie se fijó, arrasando certezas e ilusiones.

TEXTOS COMENTADOS

1. Lecturas sobre la larga duración

- FLORES GALINDO, Alberto. *La tradición autoritaria (Violencia y democracia en el Perú)*. Lima, Sur, 1998.
- GOLTE, Jürgen. "Migración andina y cultura peruana". En Guillermo Lohmann, Richard Burger, Yoshio Onuki y otros. *Historia de la cultura peruana II*. Lima, Fondo Editorial del Congreso de la República del Perú, 2001, pp. 511-546.
- LÓPEZ JIMÉNEZ, Sinesio. *Ciudadanos reales e imaginarios: concepciones, desarrollo y mapas de la ciudadanía en el Perú*. Lima, Instituto de Diálogo y Propuestas, 1997.
- MANRIQUE, Nelson. "Introducción. Algunas reflexiones sobre el colonialismo, el racismo y la cuestión nacional". En Nelson Manrique. *La piel y la pluma*. Lima, Sur, 1999, pp. 11-28.
- NUGENT, Guillermo. "¿Cómo pensar en público? Un debate pragmatista con el tutelaje castrense y clerical". En Santiago López Maguiña, Gonzalo Portocarrero, Rocío Silva Santisteban y Víctor Vich (eds.). *Estudios culturales. Discursos, poderes, pulsiones*. Lima, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2001, pp. 121-143.
- PORTOCARRERO, Gonzalo. "La cuestión racial: espejismo y realidad". En Gonzalo Portocarrero y Elizabeth Acha. *Violencia estructural: Sociología*. Lima, Asociación de Estudios para la Paz, 1989, pp. 17-61.

2. Lecturas sobre el sistema político

COTLER, Julio. "La gobernabilidad en el Perú: entre el autoritarismo y la democracia". En Julio Cotler y Romeo Grompone (eds.). *El fujimorismo: ascenso y caída de un régimen autoritario*. Lima, IEP, 2000, pp. 13-75.

CRABTREE, John. "Neopopulismo y el fenómeno Fujimori". En John Crabtree y Jim Thomas (eds.). *El Perú de Fujimori*. Lima, Universidad del Pacífico-IEP, 1999, pp. 45-71.

MURAKAMI, Yusuke. *La democracia según C y D: Un estudio de la conciencia y el comportamiento político de los sectores populares de Lima*. Lima, IEP-The Japan Center for Area Studies, 2000.

DEGREGORI, Carlos Iván. *La década de la antipolítica. Auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*. Lima, IEP, 2000.

TANAKA, Martín. *Los espejismos de la democracia. El colapso del sistema de partidos en el Perú, 1980-1995, en perspectiva comparada*. Lima, IEP, 1998.

3. Lecturas sobre el orden social en la vida cotidiana

DE LA CADENA, Marisol. *La decencia y el respeto. Raza y etnicidad entre los intelectuales y las mestizas cuzqueñas*. Documento de trabajo 86, Serie Antropología 12. Lima, IEP, 1997.

DURAND, Francisco. *Business and Politics in Peru. The State and the National Bourgeoisie* (manuscrito).

MANNARELLI, María Emma. "Sexualidad y cultura pública. Los poderes domésticos y el desarrollo de la ciudadanía". En Santiago López Maguiña, Gonzalo Portocarrero, Rocío Silva Santisteban y Víctor Vich (eds.). *Estudios culturales. Discursos, poderes, pulsiones*. Lima, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2001, pp. 189-209.

NEIRA, Eloy y Patricia RUIZ BRAVO. "Enfrentados al patrón: masculinidades en el medio rural peruano". En Santiago López Maguiña, Gonzalo Portocarrero, Rocío Silva Santisteban y Víctor Vich (eds.). *Estudios culturales. Discursos, poder-res, pulsiones*. Lima, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2001, pp. 211-231.

ROSPIGLIOSI, Fernando. *Montesinos y las Fuerzas Armadas. Cómo controló durante una década las instituciones militares*. Lima, IEP, 2000.

YANAYLLE, María Emilia. “‘Señora la admiro’. Autoridad y sobrevivencia en las organizaciones femeninas en un contexto de crisis”. En Gonzalo Portocarre-ro (ed.). *Los nuevos limeños. Sueños, fervores y caminos en el mundo popular*. Lima, Sur, 1993, pp. 115-123.

“‘Mejor callarse’... ¡Y todas se callaron!”, *Márgenes. Encuentro y Debate*, año IV, n.º 7, enero de 1991, pp. 221-238.